



## **LA SANTA ALIANZA**

*Frente a una represión militar en Polonia,*

*Ronald Reagan y Juan Pablo II unieron fuerzas*

*secretamente para mantener vivo al sindicato Solidaridad..*

*Esperaban no sólo ejercer presión sobre Varsovia, sino liberar toda Europa Oriental.*

*Por Carl Bernstein<sup>1</sup>*

Sólo el Presidente Ronald Reagan y el Papa Juan Pablo II estaban presentes en la Biblioteca Vaticana el lunes 7 de junio de 1982. Era la primera vez que se encontraban, y hablaron durante 50 minutos. En otro lugar de los departamentos papales, el cardenal Agostino Casaroli y el arzobispo Achile Silvestrini se reunieron con el Secretario de Estado Alexander Haig y el juez William Clark, consejero de Seguridad Nacional de Reagan. La mayor parte de su discusión estuvo enfocada en la invasión israelí al Líbano, que se hallaba en su segundo día; Haig les dijo que el Primer Ministro Menachem Begin le había asegurado que la invasión no avanzaría más de 40 km dentro del Líbano.

Pero Reagan y el Papa dedicaron sólo unos pocos minutos a los acontecimientos en Medio Oriente. En cambio, permanecieron concentrados en un tema mucho más cercano a sus espíritus: Polonia y el dominio soviético sobre Europa Occidental. En esa reunión, Reagan y el Papa convinieron en emprender una campaña clandestina para

---

<sup>1</sup> Uno de los protagonistas del caso Watergate. Un par de semanas después de la publicación de esta nota, salió en los diarios la noticia de que TIME no renovaba el contrato a Bernstein. No se aclaraba por qué (N.del T.).

acelerar la disolución del imperio comunista. Dice Richard Allen, primer consejero de Seguridad Nacional de Reagan: “Fue una de las grandes alianzas secretas de todos los tiempos”.

La operación se centró en Polonia, el más poblado de los satélites en Europa Oriental, y lugar de nacimiento del Papa. Tanto Juan Pablo II como es Presidente estaban convencidos de que Polonia podía ser arrancada de la órbita soviética si el Vaticano comprometían sus recursos para desestabilizar al gobierno polaco y para mantener vivo al movimiento Solidaridad proscrito tras la declaración de la ley marcial en 1981.

Hasta la restauración del status legal de Solidaridad en 1989, el movimiento creció en la clandestinidad, provisto, alimentado y asesorado ampliamente por la red establecido bajo los auspicios de Reagan y Juan Pablo II. Toneladas de equipos – máquinas de fax (las primeras en Polonia), imprentas, transmisores, teléfonos, radios de onda corta, cámaras de video, fotocopiadoras, máquinas de telex, computadoras, procesadoras de texto- entraron de contrabando en Polonia través de los canales establecidos por sacerdotes y agentes norteamericanos, y representantes de la American Federation of Labor and Congress of Industrial Organization (AFL-CIO) y movimientos laborales europeos. Llegó dinero para el proscrito sindicato proveniente de fondos la CIA, de la National Endowment for Democracy, De cuentas secretas del Vaticano y de sindicatos europeos.

Walesa y otros líderes de Solidaridad recibieron asesoramiento estratégico (muchas veces llevados por sacerdotes o expertos sindicalistas norteamericanos de EE.UU. y de Europa que trabajaban encubiertos en Polonia), que reflejaba el pensamiento del Vaticano y del gobierno de Reagan. A medida que crecía la efectividad de la resistencia, la corriente de información que los occidentales recibían sobre las decisiones internas del gobierno y sobre los contendis de las comunicaciones de Varsovia con Moscú, se convirtió en torrente. Los detalles llegaban no sólo de sacerdotes sino también de espías dentro del gobierno polaco.

## **Abajo Yalta**

Según algunos ayudantes de compartían la visión del mundo de sus jefes, Regan y Juan Pablo II rehusaban aceptar un hecho político fundamental de su época: la

división de Europa decretada en Yalta y el dominio comunista de Europa Oriental. Estaban convencidos de que una Polonia libre, no comunista, sería un puñal en el corazón del imperio soviético; y si Polonia llegaba a ser democrática, otros Estados de Europa Oriental le seguirían.

“Ambos sentíamos que en Yalta se había cometido un gran error y que algo debería hacerse” –dice hoy Reagan. “Solidaridad era el arma adecuada para ese objetivo, porque era una organización de los trabajadores de Polonia”. Jamás había existido algo parecido a Solidaridad en Europa Oriental, señala Reagan, y agrega que el sindicato “era lo contrario a todo lo que los soviéticos o los comunistas [de Polonia] podrían querer.

Según dirigentes de Solidaridad, Walesa y sus lugartenientes eran conscientes de que tanto Reagan como el Papa estaban comprometidos con la supervivencia de Solidaridad, pero sólo podrían hacer conjeturas sobre los alcances de su colaboración. “Oficialmente yo no sabía que la Iglesia estaba trabajando con EE.UU.” –dice Wojciech Adamiecki, organizador y editor de diarios clandestinos del sindicato, y actualmente consejero en la embajada polaca en Washington. “Se nos dijo que el Papa había advertido a los soviéticos que, si ellos entraban en Polonia, él volaría a Polonia y se mantendría junto al pueblo polaco. La asistencia de la Iglesia era mitad secreta, mitad abierta. Abierta en cuanto a ayuda humanitaria (por ejemplo, alimentos, medicamentos, consultas médicas realizadas en los templos), y secreta en lo atinente a apoyo a actividades políticas: distribución de impresoras de toda clase, cesión e lugares para reuniones clandestinas, organización de demostraciones especiales”.

En su primer encuentro, Reagan y Juan Pablo II hablaron de otra cosa que tenían en común: ambos habían sobrevivido a tentativas de homicidio en 1981 con apenas seis meses de diferencia, y ambos creían que Dios los había salvado para una misión especial. “Un íntimo amigo de Ronald Reagan me contó que el presidente había dicho: ‘Miren cómo las fuerzas del mal fueron puestas en nuestro camino, y cómo intervino la Providencia’”, dice el Cardenal Pío Laghi, ex delegado apostólico en Washington. Según el asesor de Seguridad Nacional Clark, el Papa y Reagan hablaban del hecho “milagroso” de haber sobrevivido. Clark decía que ambos hombres compartían “una unidad de visión espiritual y una unidad de visión del imperio soviético, y que lo recto prevalecería al fin en el plan divino”.

“Reagan llegó con idas muy simples y a las que estaba furteamente aferrado” – dice el almirante norteamericano Bobby Inman, ex director de la CIA. “Es un punto de vista válido el de que él veía llegar el colapso del comunismo, y lo impulsó y con fuerza”. Durante la primera mitad de 1982 surgió una estrategia compuesta de cinco partes, dirigida a lograr el colapso de la economía soviética, debilitando los lazos que unían a la URSS con sus Estados clientes del Pacto de Varsovia. Esa estrategia incluía:

- El fortalecimiento de la defensa de EE.UU., ya comenzada, tendiente a hacer que fuera demasiado costoso para la URSS competir militarmente con EE.UU. La Iniciativa de Defensa Estratégica –la “Star Wars”- se convirtió en pieza maestra de esta estrategia.

- Operaciones encubiertas tendientes a alentar movimientos reformistas en Hungría, Checoslovaquia y Polonia.

- Ayuda financiera a los países del Pacto de Varsovia, proporcional a su disposición a proteger los derechos humanos y a emprender reformas políticas y de mercado libre.

- Aislamiento económico de la Unión Soviética, y privación de tecnología occidental y japonesa a Moscú. El gobierno de EE.UU. Puso especial empeño en que la URSS no obtuviera lo que ésta esperaba que fuera su principal fuente de divisas en el siglo XXI: posbeneficios de un gasoducto transcontinental que llevaría gas natural a Europa Occidental. El gasoducto de 5.800 km, que va de Siberia a Francia, se inauguró como estaba previsto el 1º de enero de 1984, pero en una escala mucho menor de lo que esperaban los soviéticos.

- Utilización creciente de Radio Libertad, la Voz de América y Radio Europa Libre, para transmitir los mensajes del gobierno de EE.UU. a los pueblos de Europa Oriental.

Sin embargo, en 1982 ni Reagan ni el Papa podían prever la llegada de un líder soviético como Mikhail Gorbachov, el padre de la *glasnost* y de la *Perestroika*. Sus esfuerzos por una refuerza desataron poderosas fuerzas que escaparon a su control y llevaron a la desintegración de la Unión Soviética. La alianza Washington-Vaticano “no causó la caída del comunismo” –observa un funcionario estadounidense que conocía los detalles del complot para mantener vivo a Solidaridad. “Al igual que todos los grandes

líderes afortunados, el Papa y el Presidente explotaron las fuerzas de la historia para sus propios fines”.

### **La represión**

La campaña de Washington y el Vaticano para mantener con vida a Solidaridad comenzó inmediatamente después que el general Wojciech Jaruzelski declaró la ley marcial el 13 de diciembre de 1981. En aquellas horas sombrías, fueron cortadas las comunicaciones de Polonia con el mundo no comunista; fueron detenidos 6.000 dirigentes de Solidaridad; centenares de ellos fueron acusados de traición, subversión y contrarrevolución; muchos fueron muertos, y el sindicato fue proscrito. Pero miles de otros pasaron a la clandestinidad, y muchos buscaron protección en iglesias y casas de sacerdotes. Las autoridades asieron a Walesa bajo custodia y lo internaron en un remoto pabellón de caza

Poco después de que las fuerzas de seguridad salieran a la calle, Reagan llamó al Papa para pedirle su opinión. En una serie de encuentros en los días inmediatos, Reagan analizó sus opciones. “Tuvimos un gran revuelo en el gabinete y en el Consejo Nacional de Seguridad para tratar de armar un menú de contracciones” –recuerda el ex Secretario de Estado Haig. “Iban desde sanciones que por su impacto hubieran aplastado a Polonia, hasta hablar tan duramente que hubiera podido crear otra situación como la de Hungría en el 56 ó de Checoslovaquia en el 68”

Haig envió al embajador viajero Vernon Walters, devoto católico, a ver a Juan Pablo II. Walters llegó poco después a Roma y tuvo encuentros separados con el Papa y el cardenal Casaroli, Secretario de Estado del Vaticano. Ambas partes estuvieron de acuerdo en que la llama de Solidaridad no debía extinguirse; que los soviéticos debían convertirse en el centro de una campaña internacional de aislamiento, y que el gobierno polaco debía ser sometido a presión moral y, ya más limitadamente económica.

Según fuentes de inteligencia norteamericanas, el Papa ya había aconsejado a Walesa, a través de canales eclesiásticos, que mantuviera a su movimiento operando clandestinamente, y que pasara la consigna a los 10 millones de miembros que no debían salir a la calle y arriesgarse a provocar la intervención del Pacto de Varsovia o una guerra civil con las fuerzas de seguridad polacas. Como los comunistas habían cortado las líneas telefónicas directas entre Polonia y el Vaticano, Juan Pablo II se comunicaba con el cardenal Jozef Glemp, en Polonia, por radio. También despachó a

sus enviados a Polonia para que le informaran sobre la situación. “La información del Vaticano era absolutamente mejor y más rápida que la nuestra en cualquier aspecto” – dice Haig. “Si bien teníamos algunas excelentes fuentes propias, nuestra información tardaba demasiado para filtrarse por la burocracia de inteligencia”

En las primeras horas de la crisis, Reagan ordenó que el Papa recibiera, con la mayor rapidez posible, cualquier información importante que tuviera EE.UU., incluyendo la que obtenía de un Subsecretario de Defensa polaco que secretamente informaba a la CIA. Washington también pasaba al Vaticano los informes y análisis del coronel Ryszard Kuklinski, miembro importante del Estado Mayor polaco, que fue un informante de la CIA hasta noviembre de 1981, cuando debió ser sacado secretamente de Polonia después de avisar que los soviéticos estaban preparados para invadir si el gobierno polaco no imponía la ley marcial. Kuklinski había transmitido la misma advertencia a fines de 1980 sobre una acción militar soviética, lo que condujo al entonces presidente Carter a enviar mensajes secretos a Leonid Breznev informándole que entre los costos de una invasión estaría la venta de armas sofisticadas norteamericanas a China. Esta vez, según Kuklinski, Breznev se había vuelto más impaciente, y una cosecha desastrosa en la URSS significaba que el Kremlin no necesitaba unidades mecanizadas del ejército para ayudar en el transporte de la cosecha, y quedaban libres para una invasión. “Cualquier cosa que nosotros conociéramos, y que pensáramos que el Papa no conocía, se lo informábamos”, dice Reagan. “Inmediatamente”.

### **El equipo católico**

Los principales jugadores del equipo del gobierno de EE.UU. eran todos fervientes católicos: el jefe de la CIA, William Casey; Richard Allen; el juez William Clark; el secretario de Estado Alexander Haig; el embajador viajero Vernon Walters, y el primer embajador de Reagan en el Vaticano, William Wilson. Todos ellos veían la relación Vaticano-EE.UU. como una santa alianza: la fuerza moral del Papa y las enseñanzas de la Iglesia, combinadas con el firme anticomunismo de ellos y su idea de la democracia norteamericana. Pero la suya hubiera sido una misión imposible sin el pleno apoyo de Reagan quien fervientemente creía tanto en los beneficios como en las aplicaciones prácticas de las relaciones entre Washington y el Vaticano. El mismo

Reagan dice que uno de sus primeros objetivos como Presidente fue reconocer al Vaticano como Estado “y hacer de él un aliado”.

Según el almirante John Poindexter, asistente militar del Asesor de Seguridad Nacional cuando se declaró la ley marcial en Polonia, Reagan estaba convencido de que los comunistas habían cometido un grueso error de cálculo: después de haber permitido a Solidaridad actuar abiertamente durante 16 meses antes de la represión, el gobierno polaco, al tratar de dismantelar el movimiento sindical, lo único que conseguiría era enemistarse con todos sus compatriotas, y lo más importante, pondría a la poderosa Iglesia en conflicto directo con el régimen polaco. “Yo no creía que eso [la decisión de imponer la ley marcial y de aplastar a Solidaridad] podría mantenerse, teniendo en cuenta la historia de Polonia, el aspecto religioso y todo lo demás”, dice Reagan. En palabras del Cardenal Casaroli: “Había una verdadera coincidencia de intereses entre EE.UU. y el Vaticano”.

Las principales decisiones sobre la concentración de la ayuda a Solidaridad y sobre las respuestas a los gobiernos polaco y soviético, fueron tomadas por Reagan, Casey y Clark, en consulta con Juan Pablo II. “Reagan comprendía estas cosas perfectamente, incluyendo los aspectos encubiertos”, dice Richard Pipes, un intelectual conservador nacido en Polonia, que encabezaba las secciones soviética y de Europa Oriental del Consejo Nacional de Seguridad. “El presidente hablaba de la perversidad del sistema soviético, no de su pueblo, y de cómo había que hacer todo lo posible para ayudar a esa gente de Solidaridad que luchaban por la libertad. Gente como Haig y el Secretario de Comercio Malcom Baldrige, y James Baker [en ese entonces Jefe de Gabinete de la Casa Blanca], pensaban que no era realista. George Bush nunca dijo una palabra. Yo solía sentarme detrás de él, y nunca supe cuál era su opinión. Pero Reagan realmente comprendía qué era lo que estaba en juego”.

Según la mayoría de los observadores, Casey se metió de lleno en el asunto el primer día después de la declaración de ley marcial en Polonia y –como lo hizo en América Central– se convirtió en el principal arquitecto de las políticas a seguir. Entretanto, Pipes y la plana mayor del CNS (Cons. Nac. de Seguridad), comenzó a diseñar propuestas para las sanciones. “El objeto era desangrar a los soviéticos y reprocharles por la ley marcial justo ante su puerta”, dice Pipes. “Las sanciones eran coordinadas con la división Operaciones Especiales de la CIA [la que se encargaba de las fuerzas de tareas encubiertas], y el primer objetivo era mantener vivo a Solidaridad proveyéndolo de dinero, comunicaciones y equipamiento”.

“La Iglesia trataba de modular toda la situación” –dice uno de los funcionarios del CNS que dirigían los esfuerzos para acortar los caminos de ayuda. “Sus dirigentes [los de la Iglesia] trataban de crear circunstancias que alejaran la seria amenaza de una intervención soviética mientras nos permitían a nosotros mostrarnos cada vez más duros. Tomaban parte en prácticamente todas nuestras deliberaciones, en cuanto a cómo veíamos la evolución de la represión gubernamental, si aflojaba o se ponía peor, y cómo debíamos proceder”.

En cuanto a su propias conversaciones con Reagan sobre Polonia, Clark dice que generalmente eran cortas. “Creo que nunca tuve con él una conversación privada por más de tres minutos. Sobre cualquier tema. Puede parecer extraño, pero teníamos nuestro código de comunicación. Yo sabía adónde quería él llegar en Polonia. El Presidente, Casey y yo discutíamos la situación polaca constantemente: operaciones encubiertas; quién estaba haciendo qué cosa, dónde, por qué y cómo, y las probabilidades de éxito”.

El Papa mismo, no sólo sus representantes, se reunía con funcionarios norteamericanos para evaluar los acontecimientos en Polonia y la efectividad de las acciones de los estadounidenses, y enviaba mensajes, orales o escritos, a Reagan. En casi todos sus viajes a Europa y al Medio Oriente, Casey volaba primero a Roma para ver al Papa e intercambiar información. Pero el principal emisario entre Washington y Roma siguió siendo Walters, un ex subdirector de la CIA que trabajaba cómodamente con Casey. Walters vio al Papa quizá una docena de veces, según fuentes vaticanas. “Walters iba y venía del Vaticano con el específico propósito de llevar mensajes entre el Papa y el Presidente”, dice el ex embajador de EE. UU. en el Vaticano, Wilson. “No debía saberse que Walters estaba allí. No siempre se hablaba sólo sobre Polonia; a veces también sobre América Central o sobre los rehenes en el Líbano”.

En los tiempos de Reagan, muchas veces las operaciones encubiertas de EE.UU. (incluyendo las de Afganistán, Nicaragua y Angola), incluían ¡ayuda letal! A los insurgentes: armas, mercenarios, asesoramiento militar y explosivos. En Polonia, el Papa, Reagan y Casey utilizaron el camino opuesto: “Lo que tenían que hacer – explica un analista- era dejar que actuaran las fuerzas naturales ya instaladas en el lugar y no dejar huellas digitales”. Lo que emerge de la colaboración Regan-Casey es una operación cuidadosamente calibrada cuyo alcance era modesto comparado con otras actividades de la CIA. “Si Casey viviera ahora, estaría sonriendo” –observa uno de sus



admiradores involuntarios. “En 1991 Reagan y Casey consiguieron el reordenamiento del mundo que ellos querían”.

### **La directiva secreta**

Menos de tres semanas antes de su encuentro con el Papa en 1982, El Presidente firmó una directiva secreta de seguridad nacional (NSDD 32) que autorizaba una serie de medidas económicas, diplomáticas y encubiertas para “neutralizar esfuerzos de la URSS” para mantener su dominio en Europa Oriental. En la práctica las operaciones encubiertas más importantes se realizaron en Polonia. Los principales propósitos de la NSDD 32 eran la desestabilización del gobierno polaco mediante operaciones que incluían propaganda y ayuda a Solidaridad; la promoción de los derechos humanos, especialmente los relacionados con los derechos religiosos y de la Iglesia Católica; presión económica, y aislamiento diplomático del régimen comunista. El documento, citando la necesidad de defender los esfuerzos de reforma democrática en todo el imperio soviético, también reclamaba el aumento de la propaganda y de las operaciones de radio clandestinas en Europa Oriental, acciones que los asesores de Reagan y los disidentes en Europa Oriental consideraban particularmente útiles para destruir la noción de la invencibilidad soviética. Observa el diputado republicano Henry Hyde, miembro de la Comisión de Inteligencia de la Cámara de 1985 a 1990: “En Polonia hicimos todas las cosas que se hacen en países en los que uno quiere desestabilizar a un gobierno comunista y fortalecer la resistencia contra él. Hemos brindado aprovisionamiento y asistencia técnica en términos de diarios clandestinos, radio, propaganda, dinero, ayuda organizativa, asesoramiento. Y trabajando desde Polonia hacia afuera, hicimos lo mismo en los otros países comunistas en Europa”.

Entre los que actuaron como asesores estaba Zbigniew Brzezinski, polaco de nacimiento, Consejero de Seguridad Nacional del presidente Carter. “Me llevaba muy bien con Casey” –recuerda Brzezinski. “Era muy flexible e imaginativo, y no muy burocrático; si era necesario que se hiciera algo, se hacía. Sostener un movimiento clandestino requiere mucho aprovisionamiento, redes, etc., y por eso es que Solidaridad no fue aplastado”.

En cuestiones militares, la inteligencia norteamericana era mejor que la del Vaticano, pero la Iglesia era superior en sus evaluaciones sobre la situación política. Y

en cuanto a comprender el estado de ánimo del pueblo y a las comunicaciones con los líderes de Solidaridad, la Iglesia estaba en una situación incomparable. “Nuestra información sobre Polonia estaba bien fundada porque los obispos estaban en contacto continuo con la Santa Sede y con *Solidarnosc*” –explica el cardenal Silvestrini, Subsecretario de Estado del Vaticano en esa época. “Nos informaban sobre prisioneros, sobre las actividades y necesidades de los grupos de Solidaridad, y sobre la actitud y los cismas en el gobierno”. Toda esa información era comunicada al Presidente o a Casey.

“Si uno estudia la situación de Solidaridad, se verá que actuaron muy astutamente, sin presionar demasiado en los momentos cruciales, porque tenían la guía de la Iglesia” –dice uno de los auxiliares más próximos del Papa. “Sí, hubo momentos en que frenamos a Solidaridad. Pro Polonia era una bomba que podía explotar, y eso en medio del corazón del comunismo, rodeada como estaba por la Unión Soviética, Checoslovaquia y Alemania Oriental. Demasiada presión, y la bomba hubiera explotado”.

### **Casey con Laghi**

Entretanto, en Washington se desarrollaba una estrecha relación entre Casey, Clark y el Arzobispo Laghi. “Casey y yo caíamos a la residencia del nuncio –dice Clark- por la mañana temprano, para recoger sus comentarios y y opiniones. Nos desayunábamos y hablábamos sobre lo que se estaba haciendo en Polonia. Frecuentemente hablábamos por teléfono, y él se mantenía en contacto con el Papa. Y comenta Laghi: “Les gustaba un buen capuchino. Ocasionalmente podíamos hablar de América Central y de la posición de la Iglesia en el tema del control de la natalidad. Pero generalmente el tema era Polonia”.

“Casi todo lo que tenía que ver con Polonia era manejado fuera de los canales normales del Departamento de Estado y pasaba por Clark y Casey” –dice Robert McFarlane, que fue segundo de Clark y de Haig, y luego Consejero de Seguridad Nacional del Presidente. “Yo sabía que se reunían con Pio Laghi, y que éste había estado viendo al Presidente, pero Clark nunca me dijo cuál era la sustancia de las conversaciones”.

En seis ocasiones por lo menos Laghi estuvo en la Casa Blanca y vio a Clark y al Presidente. Siempre entraba por la puerta del sudoeste para esquivar a los periodistas.

Aun con tan estrecho contacto, no cruzábamos nuestras líneas” –dice Laghi. “Mi papel principal era facilitar los encuentros entre Walters y el Santo Padre. El Papa conocía a su pueblo. Era una situación muy compleja: cómo insistir en los derechos humanos, en la libertad religiosa y mantener vivo a Solidaridad, sin provocar más a las autoridades comunistas. Pro yo le decía a Vernon: ‘Escuchen al Santo Padre. Tenemos 2.000 años de experiencia en estas cosas’”.

Aunque William Casey ha sido criticado por algunos aspectos de su actuación en la CIA, nadie discute su instinto en el caso de Polonia. “Fundamentalmente, él confiaba tranquilamente en que el comunismo no podría resistir, especialmente en Polonia” –dice el ex diputado Edward Derwinski, un experto en Europa Oriental que además habla polaco, que actuaba como asesor del gobierno y se veía frecuentemente con Casey. “Estaba convencido que el sistema iba cayendo y que estaba condenado al colapso de un modo o de otro, y de que Polonia era la fuerza que iba a provocar la ruptura del dique. Exigía que la CIA estuviera constantemente enfocada en Europa Oriental. Esto no era visible para la opinión pública, porque otros temas más controvertidos y ruidosos en ese momento: Nicaragua y El Salvador”.

En Polonia, Casey conducía el tipo de operaciones del viejo estilo, en las que él confiaba, algo que pudo haber hecho en su tiempo en la oficina de Servicios Estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial o en los primeros tiempos de la CIA, cuando las democracias de Europa Occidental resurgían de entre las cenizas de la guerra. Fue a través de los contactos de Casey, dicen sus asociados, como los elementos de la Internacional Socialista fueron organizados a favor de Solidaridad, como si los partidos socialdemócratas de Europa Occidental hubieran sido usados por la CIA como instrumentos de la política norteamericana para ayudar a crear gobiernos anticomunistas después de la guerra. Este era el objetivo era algo parecido a crear una mayoría demócrata cristiana en Polonia, con la Iglesia y la abrumadoramente católica Solidaridad como la fuerza política dominante en una Polonia postcomunista. Mediante sus contactos con líderes de la Internacional Socialista, incluyendo funcionarios del gobierno socialista de Francia y Suecia, Casey se aseguró del apoyo táctico en el continente y en el mar para llevar cosas a Polonia. “No se trataba de llevar grandes cantidades de dinero –dice Brzezinski, sino de difundir mensajes y resistir: libros, equipos de comunicaciones, propaganda, tinta, aparatos de prensa”.

## La prensa clandestina

En casi todas las ciudades y pueblos aparecían diarios clandestinos y boletines mimeografiados que desafiaban a los medios controlados por el gobierno. La Iglesia publicaba sus propios diarios. Mensajes de Solidaridad, fotocopiados y mimeografiados en equipos proporcionados por los norteamericanos, eran fijados en las carteleras parroquiales. Carteles escritos a mano eran audazmente fijados en las comisarías y en edificios gubernamentales, e incluso en los pasillos del centro de televisión controlado por el Estado, desde donde oficiales del ejército transmitían las noticias.

Entretanto, la AFL-CIO, que había sido la principal fuente de apoyo de EE.UU. a Solidaridad antes de la ley marcial, consideraba el enfoque del gobierno de Reagan como demasiado lento y poco confrontativo ante las autoridades polacas. Pese a todo, según fuentes de inteligencia, el presidente de la AFL-CIO, Lane Kirkland, y su ayudante Tom Kahn, consultaban frecuentemente con Poindexter, Clark y otros funcionarios del Departamento de Estado y del CNS en materias tales como decidir cómo y cuándo llevar cosas a Polonia, señalando cuáles eran las ciudades polacas donde se necesitaba una particular asistencia de organización, y examinando cómo Solidaridad y la AFL-CIO podían colaborar en la preparaciones de materiales de propaganda.

“Lane Kirkland merece un especial reconocimiento” —observa Derwinski. “A ellos no les gusta admitirlo, pero andaban literalmente al mismo paso [con el gobierno]. Tampoco hay que olvidar que la esposa de Bill Clark es checoslovaca, lo mismo que la de Kirkland. Era ése un tema donde todos estaban en el mismo bote; no había disidentes ni opositores.”

Pero los dirigentes de la AFL-CIO nunca conocieron los alcances de la ayuda clandestina de EE.UU. ni cuánto se apoyaba el gobierno en la orientación de la Iglesia para decidir hasta punto presionar a las autoridades polacas y soviéticas. Casey se cuidaba muy bien para no “contaminar” los movimientos sindicales norteamericanos y europeos dándoles demasiados detalles sobre los esfuerzos del gobierno. Y en realidad no era una operación estrictamente de la CIA. Más bien era una mezcla de operaciones encubiertas y abiertas, de políticas públicas y alianzas secretas. Casey reconocía que en muchos casos la AFL-CIO era más imaginativa que sus propios operadores en cuanto a dar ayuda organizativa a Solidaridad y a contrabandear equipos en el país. Según Inman, un ex subdirector de la CIA, Casey decidió que la relación del sindicalismo norteamericano con Solidaridad era tan buena, que casi todo lo que la CIA necesitaba

era financiado a través de canales de la AFL-CIO. “Lo que necesitaban no era ayuda financiera –dice Inman-, sino organización, y ésta era una forma de ayudarlos infinitamente mejor que mediante las operaciones encubiertas clásicas”.

La oficina de Solidaridad de Bruselas se convirtió en una oficina internacional de “clearing” para los representantes del Vaticano, los operadores de la CIA, la AFL-CIO, los representantes de la Internacional Socialista, la National Endowment for Democracy financiada por el Congreso, la que también trabajaba en estrecha relación con Casey. Era el lugar donde Solidaridad decía a sus patrocinadores –algunos de los cuales eran totalmente desconocidos para ese sindicato- qué necesitaba. Y dónde podían ser más útiles las provisiones y equipos y los organizadores. Sacerdotes, correos, organizadores sindicales y operadores de inteligencia entraban y salían de Polonia con pedidos de ayuda y con información detallada sobre la situación dentro del gobierno y en la clandestinidad. Alimentos, dinero para pagar las multas de los líderes de Solidaridad llevados ante los tribunales, entraban a raudales en el país. Dentro de Polonia, una red de sacerdotes traía y llevaba mensajes entre las iglesias donde se ocultaban los líderes de Solidaridad.

En el verano de 1984, cuando las sanciones parecían golpear a los polacos comunes y no a los comunistas, Laghi viajó a Santa Bárbara, California, para ver a Reagan en la Casa Blanca Occidental y pedirle que levantara algunas sanciones. El gobierno accedió. Al mismo tiempo, la Casa Blanca, en constante y estrecha consulta con el Vaticano, se negó a aliviar su presión económica sobre Moscú, negándole alimentos, tecnología e intercambio cultural, como precio por su continua opresión a Polonia.

Buena parte del equipo destinado a Solidaridad llegaba a Polonia por barco; muchas veces embalados en contenedores con identificación de contenido falsa, enviados desde Dinamarca y Suecia, y desembarcados en Gdansk y otros puertos por estibadores que trabajaban en secreto para Solidaridad. Funcionarios del gobierno de EE.UU. afirman que el gobierno socialista de Suecia y los sindicatos suecos desempeñaron un papel importantísimo en la organización de los envíos de bienes a Polonia. Desde los muelles polacos, los equipos eran llevados hasta su destino en camiones y coches particulares conducidos por simpatizantes de Solidaridad, quienes muchas veces utilizaron a las iglesias, con apoyo de sus sacerdotes, como punto de contacto para entregas y retiros.

## **“¡Solidaridad vive!”**

“El gobierno se comunica con la Iglesia –dice Derwinski, hoy Secretario para Asuntos de Veteranos- no por intermedio de la jerarquía eclesiástica, sino a través de iglesias y obispos individuales. Monseñor Bronislaw Dabrowski, auxiliar del Cardenal Glemp, venía muchas veces a decirnos qué necesitaban; me veía a mí, a Casey, al CNS y a veces a Walters”. El Cardenal John Krol de Filadelfia, cuyo padre había nacido en Polonia, era el obispo norteamericano más cercano al Papa. Frecuentemente se reunía con Casey para hablar del apoyo a Solidaridad y las operaciones encubiertas, según fuentes de la CIA y según Derwinski. Krol hacía buenas migas con Reagan y era una fuente constante de asesoramiento y de contacto”, dice Derwinski. “Muchas veces era él a quien se dirigía Casey o Clark; era el que realmente entendía la situación”.

Para 1985 ya era evidente que la campaña del gobierno polaco para suprimir a Solidaridad había fracasado. A juzgar por un informe de Adrian Karatnycky, quien colaboraba con la organización de la ayuda de AFL-CIO a Solidaridad, había más de 400 periódicos clandestinos en Polonia, algunos con una circulación que superaba los 30.000 ejemplares. Libros y panfletos que desafiaban la autoridad del gobierno comunista, se imprimían por miles. Historietas para niños adaptaban fábulas y leyendas polacas, con Jaruzelski mostrado como el villano, el comunismo como el dragón rojo, y Walesa como el roído caballero. En hogares y en sótanos de iglesias, millones de espectadores miraban videos documentales producidos y editados con los equipos que entraban de contrabando.

Mediante equipos de transmisión clandestinos provistos por la CIA y por la AFL-CIO, Solidaridad interfería regularmente en los programas de radio gubernamentales con este mensaje: “¡Solidaridad vive!”, o bien “¡Resistan!”.. Con un transmisor provisto por la CIA a través de canales eclesiásticos, Solidaridad interrumpía programas de TV con mensajes visuales y de audio, incluyendo llamados a huelgas y manifestaciones. “Había un momento especial, el del entretiempo del campeonato nacional de fútbol”, dice un funcionario del Vaticano. “Apenas el silbato indicaba el final del primer tiempo, aparecía en la pantalla un cartel de “¡Solidaridad vive!”. Y se escuchaba un llamado a la resistencia. Un detalle inteligente fue el de esperar por el intervalo; si la interrupción se hubiera producido durante el juego, podría haber

disgustado al público”. Tal como lo sintetiza Brzezinski, “era la primera vez que la policía comunista no logra suprimir algo”.

Nadie creía que el colapso del comunismo llegaría tan rápido y en esas circunstancias”, dice un cardenal que era uno de los principales auxiliares del Papa. “Pero ya en su primer encuentro, el Santo Padre y el Presidente se comprometieron personalmente y comprometieron a las instituciones de la Iglesia y de EE.UU. en busca de ese objetivo. Y a partir de ese día, todo se enfocó en hacerlo en Polonia.”

Paso a paso, penosamente, los soviéticos y el gobierno comunista de Polonia se fueron inclinando ante la presión moral, económica y política impuesta por el Papa y el Presidente. Las cárceles se vaciaron; los cargos contra Walesa por calumnia contra funcionarios fueron levantados, y la economía del país colapsó en una nube de huelgas, manifestaciones y sanciones.

El 19 de febrero de 1987, cuando Varsovia se avino a iniciar un diálogo con la Iglesia, Reagan levantó las sanciones de EE.UU. Cuatro meses más tarde, el Papa Juan Pablo II era aclamado por millones de sus compatriotas mientras cruzaba Polonia, reclamando por los derechos humanos y alabando a Solidaridad. En julio de 1988, Gorbachov visitó Polonia y marcó el reconocimiento de Moscú de que el gobierno no podía desenvolverse sin la cooperación de Solidaridad. El 5 de abril de 1989, ambas partes firmaron convenios que legalizaban a Solidaridad y llamaban a elecciones parlamentarias abiertas para junio. En diciembre de 1990, nueve años después de haber sido arrestado, y su sindicato proscrito, Lech Walesa se convertía en Presidente de Polonia.-

(Trad.: Juan Arida)